

con ojos de mujer



Tere Cortés

HASTA QUE LA IGUALDAD SE HAGA COSTUMBRE

Con el cambio climático se ha adelantado la primavera, también en la Iglesia. Han salido unos pequeños, pero fuertes brotes a base de la savia femenina.

Las mujeres son la primavera de la Iglesia; siempre lo han sido, pero pocas veces se les ha reconocido su empuje, su fecundidad y la vitalidad que han aportado a este «viejo olmo, herido por el rayo y en su mitad podrido», que es la Iglesia, aplicándole el cantar machadiano.

El uno de marzo, por toda España se extendió la *Revuelta de las mujeres en la Iglesia*, en la que alzaron la voz para decir: ¡Basta ya! a la discriminación, a la invisibilidad, al clericalismo, al lenguaje machista y sexista existente en la comunidad católica eclesial. Su

voz sonó fuerte en muchas ciudades españolas con distintos tonos y timbres, pero todas estaban unidas a un grito común: «*hasta que la igualdad se haga costumbre*» y cerca de las catedrales o templos importantes. En algún caso, como en Santander «las feligresas ocuparon su parroquia de San Pío X». Esta movida forma parte de una red que crece cada día y se entrelaza con mujeres de iglesias de Europa y del mundo como *María 2.0* o el *Movimiento Internacional Voices of faith*.

Esta pequeña crónica está hecha desde la Revuelta de Madrid, a la que asistimos gente de MOCEOP, como miembros convocantes, junto a otras muchas mujeres, y también hombres, de otras partes d España en representación de parroquias, grupos y comunidades cristianas, organizaciones y



movimientos eclesiales.

La concentración, al abrigo de la catedral de la Almudena y a las puertas del Arzobispado, constituyó un acto de Iglesia, reivindicativo, alegre, hondo y sentido, una celebración cristiana «fuera de la iglesia, porque nos han dejado fuera», decían en la presentación.

La escenografía fue precisa y preciosa; se notaba que había salido de manos y de corazones femeninos. Fue una mezcla de oración, danza, silencio, gritos, recuerdos y memorias.

Una vez creado un ambiente de atención e interiorización hicimos memoria de Jesús (Luc. 8,1-3) que «inauguró una comunidad de iguales y unas prácticas liberadoras con las mujeres y que fueron signos contraculturales de las primeras comunidades». Recordamos que una mujer, María de Magdala, fue el primer testigo de la resurrección y encargada por Jesús de anunciarla.

Pero esta práctica de Jesús, igualitaria y transgresora se fue olvidando y dio paso a un clericalismo radical y usurpador que copó los ministerios y funciones de las mujeres, quedando su liderazgo en algo subalterno, tanto que hasta los nombres de muchas discípulas fueron ocultados y aún hoy son poco conocidos por el pueblo de Dios.

Intentando refrescar memorias y vivencias de algunas de las mujeres de nuestros orígenes Carmen Sara Floriano, cuentacuentos y autora de



Mujeres amigas de Jesús, nos contó, en un lenguaje nuevo la historia de la mujer Cananéa (Mt. 15,21-28) y la de María Magdalena (Jn. 20,11-18).

Este silenciamiento de las mujeres siguió en la historia con la ocultación de tantas vidas de mujeres

seguidoras de Jesús y amantes de la Iglesia, sufriendo algunas persecución, tortura y hasta la muerte. Por eso, hicimos memoria de unas cuantas de estas mujeres y de sus aportaciones y vivencias: *María de Nazaret, Teresa de Jesús, Mary Waed, Hildegarda de Binger, Josefina Bakhita, Margarita Porete, Clara de Asís, Edith Stein, Diaconisas Febe y Tecla, Simone Weil, Darathy Day, Madaleine Delbrél.*

Hubo también un gesto de silencio-grito impactante y con carga de profundidad reviviendo la situación actual de las mujeres en la Iglesia. Al igual que a muchas mujeres en la historia se les negó el nombre y el ministerio, a las mujeres de hoy la misma Iglesia sigue la misma táctica de negarles la palabra, el voto, los derechos

y los ministerios. Para sentir esta discriminación hicimos silencio tapándonos la boca para después quitarnos la mordaza y lanza un fuerte grito: *¡Basta ya!*, seguido de la canción de Anawim *Era sábado, libertad*, que resonó en los cristales del arzobispado, lo que hizo que un guarda



de seguridad que esta apostado en el interior saliera a la puerta para aconsejar a los asistentes, que estaban en la escalinata de acceso al Arzobispado, que se retiraran y moderaran su actitud.

El rezo del *PadreMadrenuestr@*, haciendo cadena con las manos, dio paso a la lectura del manifiesto en el que se recogen las principales denuncias y reivindicaciones ante la Iglesia que ha provocado esta Revuelta: incoherencias y autoritarismo, invisibilidad, desigualdad, clericalismo, ninguneo de la labor y trabajo incansable y gratuito de las mujeres. Se pide voz y voto como sujetos de pleno derecho y el acceso a los ministerios y los puestos de responsabilidad en paridad con los hombres; también se pide ser valoradas por sus talentos y carismas, porque «somos las manos y el corazón de la Iglesia».

Al final, y como bendición, hicimos un gesto muy evangélico realizado por una mujer, amiga con Jesús (Jn 12,3). Maria, hermana de Marta, cogió un frasco de perfume y lo derramó sobre los pies de Jesús. Todas y todos nos ungimos y perfumamos las manos con perfume que nos íbamos pasando de unas a otras.

Todo el acto transcurrió en un buen ambiente con una participación al máximo, dejando en las paredes y en aire, para quien quiera oír y ver, muchos carteles, eslóganes, frases y gritos de interior. *Soy lesbiana, ¿y qué? Soy divorciada, ¿y qué?* Eran gritos que se lanzaban junto a otros muchos originales, incisivos y respetuosos, como «hasta que la moral sexual de la Iglesia se preñe de ternura y misericordia», «hasta que los hombres pongan flores y limpien las iglesias». Hay otros con matices más teológicos: «hasta que dejemos de llamar sacerdotes a los

presbíteros», «hasta reconocer a las mujeres más empobrecidas como ‘vicarias de Cristo’», «hasta que las laicas y laicos tomen la palabra en la Eucaristía». Otros más sociales o más feministas y así muchos más, pero todo sin acritud ni actitud rupturista ni exclusivista.

En fin, todo un acontecimiento eclesial, femenino y feminista, que, a la vez, es un toque de atención en toda regla, pero también una esperanza de nueva vida en la comunidad de Jesús, lo que me hace recurrir de nuevo al poema de Machado:

*«...olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.*

*Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera».*

Y para terminar en clave cristiana aquí va la oración, creada para la ocasión, que podemos rezar todas y todos.

«Te damos gracias, Dios Madre, Vientre portador (Is. 42,14), porque tu Espíritu de libertad e inclusión nos inspira y sostiene en esta Revuelta de las mujeres en la Iglesia.

Que la fe, la esperanza, la resiliencia y la visión que sostuvieron a las matriarcas Sara, Agar y Raquel en la búsqueda de la tierra prometida, nos sostenga también a nosotras en el compromiso por la eliminación de toda forma de pobreza y exclusión contra la mujeres dentro y fuera de la Iglesia.

María de Nazaret, profética y discípula, María Magdalena y todas las mujeres del Evangelio, caminad con nosotras, hasta recuperar la comunidad inclusiva del reino inaugurada por Jesús.

Caminad con nosotras hasta que la igualdad se haga costumbre»

